

LOS NOMBRES PROPIOS DE LA PARED

I

Si intentara recordar en qué momento apareció por primera vez ella, erraría con casi toda seguridad en el pronóstico. Ante dicha incertidumbre, sólo puedo decir (ni siquiera afirmar) que llevaba ya dos años auscultando el pecho de mi salón cuando aquella mañana sonó el telefonillo. Abandoné con sincero enojo mis herramientas y la *chaiselongue*, e interrumpí la mística armonía del pasillo para atender, por fin, tras cuatro o cinco llamadas, la contenida impaciencia de quien esperaba allí abajo.

—Cuando subas cierra la puerta. Sexto be. Estoy donde siempre.

Es posible también que a los quince segundos me hubiese olvidado de su existencia y del inoportuno episodio que había interrumpido la única tarea e historia que hasta entonces colmaban mi vida de algo más que vida, pues con mi oído y perfil ya adosados a la pared, con el bloc de notas en la mano que no indagaba indicios en el muro y los ojos entornados al último cielo, apareció de nuevo ella, concretada en esta ocasión bajo un uniforme de Correos y un abultado carro que apenas podía arrastrar. Ensayó un saludo, pero justo en

aquel instante parecía que hablaban al otro lado del mundo, de modo que levanté la mano para pedirle silencio, le hice las correspondientes señas con vistas a que dejase su carrito en cualquier sitio, se acercara, subiese a la *chaiselongue*, acomodara las calles de su pabellón auditivo a la zona donde el gotelé apenas ofrecía relieve o incluso se sirviese del último grito en utensilios para indagar en el más allá. Los dos nos concentramos en las ondas que llegaban a través del tabique y tras un largo período de tiempo, certifiqué de mi puño y letra el tercer fracaso de la mañana en el bloc.

—¿Has oído? —le pregunté.

—Un niño que habla con un adulto.

—Es Marcos. Siempre regaña con su padre cuando vuelve del colegio.

Después permanecemos hieráticos, observándonos en respetuoso silencio, dándonos tregua antes de caer en una conversación que no estuviese a la altura de las circunstancias y del piso.

—¿Traes un paquete para mí?

—Es una carta del banco.

—¿No me has encontrado en los buzones?

—Fuiste tú quien me dijo que subiera.

—¿Tú eres entonces la que ha llamado cinco veces al telefonillo?

—Nadie más contestaba.

—Por las mañanas los edificios parecen cementerios. Hasta la una como mínimo las paredes no empiezan a hablar.

Dijo entonces ella que debía continuar con el resto de bloques, pues faltaban sólo dos horas hasta el fin de la jornada y aún no había pisado las dos avenidas principales. Asentí condescendiente (las tareas son sagradas), no sin antes querer oír de sus propios labios si había subido a mi piso por simple curiosidad o por algo parecido a un anhelo de plenitud.

Prometió, entre risas, volver en cuanto tuviera un minuto y, sobre todo, nada más le asignaran esta ruta todos los días y no sólo los pares. Arrastraba ya su carrito con ambas manos dispuesta a llamar al ascensor y, aunque no estuvo bien por mi parte preguntar, un fogonazo en la memoria me obligó a sugerirle si era posible que en alguna ocasión nos hubiésemos visto en las mismas; es decir, los dos cara a cara, ceños fruncidos, los ojos entornados al último cielo, escuchando a través de la pared los fragmentos de vida que los vecinos querían (o no) que de ellos se conocieran.

II

Nombre	Edad	Profesión	Rol oficial	Rol real	Aficiones	Carácter	Futuro
	48?		Padre	Madre	fútbol guitarra	grita mucho espontáneo en exceso	Con Ángela
Ángela?		ejecutiva?	Madre	Padre	no tiene	familiar desconfía del exterior	con su marido
Marcos	13?	Estudiante	Hijo pequeño	Hijo único	fútbol guitarra?	ególatra presionado	Dejar la Guitarra
	14	Estudiante	Hija	Hija	chat	aséptica	
	23? 5? 16?	Estudiante?	hija? sobrina? adoptada?	hija? sobrina?		libre? pusilánime? misántropa?	tiene?

—No es mucho, pero en los últimos meses he conseguido rellenar al menos la mitad de los datos que puedes leer en la tabla. Lo más fácil, como puedes observar, son los roles que adopta cada uno de los componentes. Menos una de las hijas que, la verdad sea dicha, me tiene totalmente en ascuas, el resto vive atrapado por su papel. Él no trabaja y si lo hace es desde el piso, en principio (y a continuación) presenta unos modos un poco marrulleros y además le encanta decir tacos delante de un buen partido de fútbol. Sin embargo, luego es todo un señor de su casa y ayuda a Marcos tanto en las tareas del colegio como en las extraescolares; ella es más oscura, más perversa, se nota que procede de gente bien y que trae el dinero al hogar; aunque no farfulla ni grita como su marido, las dos únicas ocasiones que montó en cólera (dos en tres años) sirvieron para restablecer un orden que ella suponía amenazado por el comportamiento de una de las hijas, y para que esas dos grietas que puedes observar en aquella esquina brotaran de repente (habría que ver cómo tuvo que quedar la otra cara del muro). Marcos es el príncipe de la casa, el proyecto con más futuro, el niño de los ojos y de cualquier otro órgano que papá y mamá, en caso de hecatombe y de elección extrema, no dudarían a quién donar y, por ello, quizás el que más sufre de todos. Una de las hijas es neutra, no importa y no le importa no importar mientras la dejen en paz; la otra, y a la tabla te remito otra vez, es todo un misterio: ni sé la edad concreta, ni si vive siempre o a ratos con ellos, ni si pertenece a la familia o no. Aunque, sin duda, lo más extraño consiste en que por más horas que le dedico a escuchar, por más que discuten o conviven, que se reclaman, ríen o insultan, nunca mencionan el nombre del padre, la madre, la hermana o las hijas. Sólo Marcos goza de dicho privilegio.

—¿Nunca te has encontrado con ellos en el rellano?

—No.

—¿Coincidió en una junta?

—No.

—¿Tampoco los has visto de lejos?

—Ni yo ni nadie. Cuando saben que estoy en casa, salón contra salón, se callan. Si ambas partes nos disponemos a salir a la calle a la vez, ellos intuyen mi llave en el bombín, esperan tras la mirilla y hasta que no sienten las tres vueltas a la cerradura y mis pasos bajando las escaleras, no se mueven del sitio; lo sé porque una vez hice el amago de volver con el pretexto de un olvido cualquiera y pude ver cómo su puerta, y tras la puerta un pie, replegaban de golpe. Lo único que conozco de ellos: un pie. Como iniciativa propia (en junta nunca lo aprobarían) comencé haré como un año a dejarles notitas de ánimo dentro de su buzón, en el cual, por cierto, sólo figura el nombre de Marcos (sexto a, Marcos Trapiello González). Tengo copias de todas ellas, pero así, de memoria, te las digo. La primera rezaba: «El ascensor siempre sube al sexto cielo». La segunda, un endecasílabo que me costó lo suyo, decía: «Con vosotros el bloque se sostiene». La tercera: «Poesía, dame el nombre de las cosas». Así hasta cincuenta mensajes, todos ellos de ánimo, aunque a día de hoy no han contestado a ninguno. No sé si son demasiado crípticos (los mensajes, digo), si debería bajar el nivel.

—¿Por qué lo haces?

—¿Por qué hago qué?

—¿Por qué los espías?

—No es espíar: es comprender. ¿Y por qué? Porque me sobra el tiempo, porque somos una comunidad, porque sé más de ti con tu uniforme que de ellos con su piso, porque desconozco si votan a izquierdas o a derechas, si público o privado, si campo o ciudad, porque ni siquiera les puedo clasificar en blanco o negro, aunque nunca sea ésta la mejor de las clasificaciones, y sobre todo, porque no puede ser que a